

# ARTE Y CIENCIA



*No es saber, saber hacer  
discursos sutiles vanos;  
que el saber consiste sólo  
en elegir lo más sano.*

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ



## AGUSTÍN MILLARES TORRES, HUMANISTA E HISTORIADOR

La reciente lectura de la obra de Agustín Millares Torres *Biografías de Canarias Célebres* (1) nos ha sorprendido y entusiasmado por el valor excepcional de su Introducción. Ésta, en forma de bosquejo histórico, tiene un interés fundamental para todos aquellos que deseamos acercarnos, compenetrarnos y conocer con exactitud los pensamientos del autor.

Y es la actualidad de sus juicios, y la verdad y visión que encierran sus comentarios, lo que nos entusiasma, llevándonos a meditar y admirar la trascendencia de su rigurosa y fecunda labor, entre otras, como historiador.

Si hiciéramos un recuento de todos los sucesos acaecidos desde que nació Millares Torres hasta nuestros días, el número de años acumulados nos abrumaría, haciéndonos su figura muy lejana. Pero si ese mismo análisis lo hacemos en forma cualitativa, la sensación es de sorprendente e inmediata continuidad, dado que aún, nosotros, aguardamos la resolución y el desenlace de problemas y situaciones desde entonces planteados.

Conocemos de su personalidad, tanto en el aspecto íntimo como en el social, las características de ternura y bondad, de optimismo y seriedad, y, sobre todo, la comprensión y amplitud de sentimientos de Millares Torres; pero es sólo a través de sus cartas, escritos, notas y recuerdos, y, fundamentalmente, a través de su extensa obra,

---

(1) *Biografías de Canarias Célebres*, por Agustín Millares. Segunda edición.

Tomo I. Imprenta de Francisco Martín González. Las Palmas de Gran Canaria. 1.878.

Tomo II. Imprenta de Francisco Martín González. Las Palmas de Gran Canaria. 1.879.

como de verdad hemos podido valorizar plenamente su recia y cada día más admirada figura.

Lo primero que de él resalta es que no era un hombre contemplativo y acomodaticio. El estudio, la acción y el trabajo, eran su tónica. En su pensamiento todo era creación, transformación y perfeccionamiento. Sin duda él pudo elegir el camino egoísta, fácil y aislado, dedicarse exclusivamente a su numerosa familia. Pero su firme formación hizo que los nobles sentimientos de solidaridad humana y la necesidad de actuar socialmente fueran consustanciales para su conciencia.

Necesidad de su vida fue siempre servir a los demás, luchar por los demás. Era imperativo en él el sentido de la justicia, la redención de los que nada tenían, de los que siempre han vivido con temor e inseguridad. Y así, por medio de esa cooperación constante en tan loable esfuerzo, por medio de esa efectiva actuación en pro de la emancipación material y moral de la humanidad, él encontró la razón y significado de su existencia. Para Millares Torres, vivir al margen del dolor del hombre era ser cómplice de la barbarie y de la parte más reaccionaria de la sociedad.

Su pensamiento no iba a la zaga de la vida ni de los hechos históricos. Profundo analizador buscó constantemente la verdad; y su verdad la asentó sobre principios sólidamente humanos y científicos. Es bien conocida su preocupación constante sobre conceptos tales como: Universo, Sociedad, Hombre y Cultura; y no hay duda que siendo un profundo conocedor de los clásicos griegos, captó de ellos la concepción de la unidad material del mundo, en contraposición de las concepciones dualistas que, por enajenación, idealizando así el concepto de la vida, atribuían a una potencia ajena la obra del hombre.

Los descubrimientos científicos y las nuevas teorías de finales del siglo XVIII y principios del XIX llegaron a él; y también a través de Millares Torres y de otros canarios ilustres, estas corrientes de nuevas y esperanzadoras ideas fueron conocidas y difundidas en el Archipiélago Canario.

Su espíritu crítico y analítico se alimentó de verdades científicas y de hipótesis llenas de verdades relativas, pero de aproximación creciente, encauzándolo por el camino

justo y diáfano que recorrió en su fecunda y noble vida, tras de la soñada verdad absoluta.

A la luz de los nuevos pensamientos, la larga y vergonzosa noche iba quedando atrás. Ya era claro que el cielo, las estrellas y los planetas tenían una muy larga historia. Los mares, continentes, desiertos y montañas contaban con un pasado de millones de años. La materia tenía, por tanto, su historia evolutiva; y así, las grandes hipótesis transformistas tiraron por tierra los monstruosos e interesados templos de lo inamovible.

Sociedades, pensamientos y naturaleza evolucionaban, se transformaban y desarrollaban; nada quedaba fijo, lo que indudablemente indujo a los cerebros lúcidos, a las mentes serenas e investigadoras, a desechar las bases inalterables de la escolástica medieval que aún normaban el criterio de la clase social dominante.

Teología y Ciencia, con renovados bríos, cruzaron nuevamente sus armas. Y Millares Torres, con valentía, altruismo y grandiosidad de sentimientos, se convirtió en un colaborador, en un forjador más de la civilización y el progreso. Su elevada moral no fue pues producto de una ley o mandato superior, sino expresión de su conciencia, y de acuerdo con ella se lanzó a la tarea de hacer luz en la historia de su tierra natal, de las olvidadas y desafortunadas Islas Canarias.

Ello era una necesidad, puesto que del correcto o incorrecto enfoque que se le diera al estudio del desarrollo social, político y económico de las islas así debería depender, en el futuro, la orientación del buen gobierno o desgobierno de nuestro pueblo y, por ende, su progreso o estancamiento.

Teniendo en cuenta la época de sus trabajos históricos y la rigurosa comprobación mediante documentos, el enfoque racional de sus análisis nos impresiona. Como reflejo fiel de sus conclusiones y opiniones, y muestra de su visión, copiamos a continuación algunos párrafos de dicha Introducción, que son sus propias palabras, claras, limpias; como si él, personalmente, nos estuviera hablando y narrando:

«Los primeros resplandores del Renacimiento iluminaban ya, en aquel siglo, las alturas de la inteli-

gencia, cual precursora alborada de la Edad Moderna. Todo parecía anunciar una nueva evolución en las esferas del progreso y una dirección más firme y decidida hacia las fuentes verdaderas del conocimiento, vislumbrándose, en medio del caos donde había ido sucesivamente a fundirse la anarquía gubernamental, representada por el feudalismo, y la anarquía religiosa, encarnada en los herejías, una tendencia manifiesta a la absorción de todos los poderes, que había de traernos forzosamente, andando el tiempo, el absolutismo de las monarquías en el orden político, y la infalibilidad del Papado en el orden moral.»

«Esta tendencia hacia la unidad, indispensable para el desenvolvimiento del progreso, en cada una de sus etapas históricas, y que vemos surgir siempre, después de las grandes catástrofes sociales, era entonces tanto más necesaria, cuanto más contribuía con su enérgica atracción, a amalgamar y soldar entre sí elementos dispersos y heterogéneos, preparando de este modo el advenimiento de las democracias y el imperio de la ciencia.»

«Los síntomas precursores de este movimiento de concentración aparecían, pues, en aquel siglo maravilloso, que iba a legar a la humanidad, los nombres eternamente célebres de Gutenberg y Colón.»

«En efecto, para inaugurar dignamente la Edad Moderna, preciso era que viniese primero al mundo un hombre, que, atreviéndose a romper, con la audacia del genio, los diques que detenían el pensamiento, inventara los medios de derramarlo a torrentes, como rocío de salud, hacia todos los puntos del horizonte.»

«Preciso era, así mismo, que, para completar obra tan portentosa, y hacerla debidamente fructificar, viniese luego otro genio y con segura mano, borrara las fronteras del mundo conocido, y ofreciera a las atónitas miradas de sus contemporáneos, nuevas razas, nuevos dialectos y nuevas floras, que con su insólita aparición, suministraran a las subsiguientes generaciones argumentos bastante poderosos para

quebrantar decrepitos sistemas, y echar por tierra infantiles teorías, que encadenaban lastimosamente la marcha de la inteligencia.»

«En aquellos críticos momentos de verdadera gestación para las ideas modernas, vino a implantarse en las Afortunadas la agonizante civilización teocrático-feudal de la Edad Media, y a su nombre, la naciente cultura, que luego había de traer al mundo, en tiempos posteriores, la inviolabilidad para la conciencia y la igualdad para el ciudadano.»

«Apartadas, sin embargo, las Canarias de los centros ilustrados de Europa, sin medios para educarse, sin establecimientos literarios, que sirviesen de lumbrera a sus hijos, privadas de imprentas, libros y bibliotecas, y sujetas desde luego al régimen asfixiante de la casa de Austria, y a la tutela ignominiosa de la Inquisición, el movimiento intelectual isleño había de ser indudablemente lento y torcido, y de pobres y desabridos frutos.»

No hay duda alguna, después de leer lo anterior, de cuál era el espíritu que animaba a Millares Torres con relación a su valoración de conceptos tales como: Humanidad, Inteligencia, Progreso, Democracia, Ciencia y Conciencia. Su terminología era, en cierto aspecto, como un espejo de su pensamiento. Más adelante y detallándonos las circunstancias adversas con que tropezaba el desarrollo de las islas, analiza la razón de ello:

«Achaque era de aquellos tiempos, no ver sino por los ojos de los que enfáticamente llamaban en su ampuloso lenguaje el Estagirita y el Doctor Angélico; y no acertaban a comprender, que más allá de esas dos elevadas inteligencias, pagana la una, cristiana la otra, pudiese existir para el mundo ulteriores horizontes.»

«Y en verdad, que la duda merecía disculpa. Subordinada la ciencia a la interpretación violenta de textos, que en nada se relacionaban con el desarrollo de las ideas en el orden natural de los hechos, y detenido su vuelo por el terrible e inexorable veto

lanzado sobre la razón de las regiones del poder absoluto, toda investigación experimental era juzgada como atentatoria a la gratuita irascibilidad de Dios, siendo, por lo tanto, el resultado fatal e inexorable de tan extraño sistema, la inmovilidad de la ciencia, y una ignorancia creciente en el país, que tenía la desgracia de adoptar semejantes principios, como guía de su enseñanza intelectual y moral.»

«No se crea, empero, que estos males eran patrimonio exclusivo de las apartadas colonias españolas; infiltrados primero en la madre patria, y paralizándose con su deletérea afluencia la energía y vitalidad nativas de sus más preclaros hijos, mataban desde luego el estímulo y llevaban el desaliento y la desesperación a todos los corazones, que pretendían inquirir noblemente la verdad.»

«¿Qué podía esperarse de un país, donde se carecía por completo de la enseñanza elemental, base y fundamento de toda sólida instrucción? ¿Ni qué salvación aguardaba a una sociedad, donde el pensar era un delito, y la lectura de un libro, un crimen castigado sin apelación por el tormento, la expoliación y la hoguera?»

Cruelles son estas preguntas, en un punto histórico a más de doscientos años de conquistadas las Canarias, y más aún al pensar que la imprenta había sido llevada a América dos centurias antes de que en las islas apareciera dicha máquina por primera vez. Y con verdadero dolor Millares Torres denuncia virilmente:

«No existía en aquellos tiempos clase media, ni aún se conocía lo que hoy se llama pueblo. Propietarios y colonos, señores y siervos, constituían sólo la población poco numerosa de las islas.»

«La esclavitud, en toda su repugnante desnudez, formaba una parte integrante y principal de su organismo interno. Esclavos eran los que rompían los terrenos, los que ejercían oficios mecánicos, y los que prestaban servicios domésticos.»

«Vendíanse estos esclavos públicamente, sin que

se levantara una voz a protestar contra tamaña injusticia, y se enajenaban sus personas y las de sus hijos, por todos los medios que reconoce el derecho para la trasmisión de las cosas muebles, dándose el caso de que el clero era quien más esclavos poseía.»

Y, a continuación, nos da detalles de cómo se preservaban las conciencias de los isleños contra los posibles conductos y vehículos por los cuales la cultura y la razón se filtraban:

«La censura del pensamiento, en lo que tiene de más íntimo y personal, tarea misteriosa confiada al celo incansable del Santo Oficio, penetraba en el hogar doméstico por medio del espionaje y la delación, que se recomendaban desde el púlpito en todas ocasiones, y especialmente en la solemne función anual consagrada a la publicación del edicto de la fe, como acto de cristiano celo, y de relevante virtud.»

«La Inquisición, pues, inspeccionando minuciosa y secretamente la conciencia individual, las palabras, y los actos externos de cada uno de los insulares; y luego, visitando todo buque nacional o extranjero, que tocaba en los puertos del archipiélago, para secuestrar y quemar los impresos, manuscritos, cuadros, efigies o estampas, que en cualquier forma pudieran perturbar la unidad de la fe, venía a espesar más intensamente las tinieblas de la inteligencia, en un país, aislado por su misma situación, y sin medios para recibir las corrientes civilizadoras del Renacimiento y la Reforma, que ya en Europa hacían oscilar con su poderoso aliento el viejo edificio de los siglos bárbaros.»

«En medio de este cuadro tan desconsolador, algún rayo de luz venía de vez en cuando a iluminar el oscuro horizonte de las que habían sido en otros tiempos Afortunadas. A pesar de las sutilezas escolásticas, de los sermones gerundianos, y de la tupida red, tendida por el Santo Oficio, el pensamiento pugna por desatar sus lazos, encontrando inconcidentes defensores en los mismos que estaban obligados a amordazarlo.»

Más adelante, refiriéndose Millares Torres a los veinticinco años anteriores a la fecha de su nacimiento, nos informa:

«La situación intelectual del archipiélago era, pues, al inaugurarse el siglo XIX, triste y oscura como la de España, si bien creemos, que, exceptuando algunas primeras capitales, como Madrid, Sevilla, Barcelona, Valencia y Granada, el resto de la Península era todavía más ignorante, que nuestras pequeñas poblaciones isleñas.»

«La posición ribereña que estas mismas poblaciones ocupaban, explica suficientemente nuestra afirmación. Las ideas, llevadas por decirlo así, en los buques de todas las naciones que tocaban sin cesar en nuestros puertos, y recogidas por algunas inteligencias superiores, mantenían siempre una atmósfera propicia al desarrollo de los nuevos principios, que latentes germinaban ya en todos los cerebros, aptos para pensar sin extraño auxilio, infiltrándose luego al través de las capas sociales, y produciendo ese secreto afán de saber, ese inconciente desasosiego y malestar profundo, que agita a los pueblos en vísperas de una radical transformación política.»

Y así vemos, bajo la presión de las nuevas normas de organización económica y política que nacen de la descomposición de la sociedad, cambiar las relaciones de clase e imponerse nuevos principios que ya no se pueden ignorar ni domeñar:

«En cuanto a la nobleza isleña, con sus mayorazgos y patronatos, vinculaciones y capellanías, dueña del Municipio por su régimen feudal y sus regidores perpetuos; de las iglesias y conventos por sus canónigos, priores y padres provinciales; de la milicia, por sus maestros de campo, veedores y coroneles; de la propiedad territorial, por la amortización; y de los grados universitarios, por su riqueza, que le permitía dar una educación literaria a sus hijos; esta nobleza, repetimos, después de dormir tres

largos siglos pensando sólo en los medios de aumentar por medio de ventajosos enlaces el número de sus fincas, de forjar árboles genealógicos, que la enlazaran con los reyes godos, y de adular unas veces y combatir otras a los capitanes generales, obispos y regentes, tres potestades que venían periódicamente de España a perturbar la dulce quietud de sus casas solariegas, se la veía agitarse y despertar de aquel pasado letargo, para iniciar mejoras desconocidas a las anteriores generaciones. ¿Qué sucedía? ¿Qué catástrofe se preparaba? ¿Qué nuevo verbo se disponía a nacer?»

«A las Canarias llegaba, debilitado por la distancia, el confuso rumor de una nación, que levantándose como un solo hombre, había proclamado el dogma santo de la libertad humana. A su voz poderosa los privilegios habían caído hechos pedazos, la conciencia recobraba su perdida inviolabilidad, y el pensamiento su libre derecho de emisión. Por la primera vez el hombre era igual a otro hombre, ante la sociedad y la ley, y podía elevarse con su inteligencia, hasta donde otros habían llegado por su nacimiento. Un soplo refrigerante y vivificador de fraternidad universal se difundía como invisible corriente eléctrica, y estremecía en sus entrañas a la vieja Europa.»

Y es ahora que Millares Torres, lleno de fe en la humanidad, y con sentimientos justos y amplios nos narra, ilusionado:

«Había llegado para la España el momento de su resurrección. Los ejércitos franceses, surcando la Península en todas direcciones, provocan al pueblo a las armas, para salvar la independencia de la patria, y en medio del estremecimiento convulsivo de aquella horrible agonía, surge la Constitución de 1812, y con ella el crepúsculo de nuestra libertad política.»

«También en estas islas se sintieron sus efectos. La Inquisición se desplomó; los sambenitos que man-

chaban las paredes de la majestuosa Catedral de Canaria fueron quemados, y los instrumentos de tortura desaparecieron en inmundos lugares...»

«Después vino la reacción, y tras aquellos días de luto, volvió a aparecer de nuevo, y a iluminar nuestro horizonte el régimen constitucional.»

«... y el pueblo, lanzándose por esa ancha senda que se presentaba a su actividad, principió con su constancia y trabajo a reconstruir esa clase intermedia e ilustrada, abierta siempre a la laboriosidad e inteligencia, y que, al prolongarse con el tiempo hasta las últimas capas sociales, llevará a todas el bienestar, la ciencia y la luz.»

«La enseñanza pública que se daba en las aulas se liberalizó, las escuelas se multiplicaron, y una nueva savia infiltrándose en el cuerpo social, y dándole juveniles bríos, llenaba el corazón de esperanzas hacia un porvenir, que no podía ser ya oscurecido por las hogueras del Santo Oficio, ni dependía del capricho de un hombre sólo.»

«El convento, germen de infección social en las últimas centurias, y foco de rebelión crónica en el siglo actual, planta parásita y venenosa que extendía sus perniciosas ramas del uno al otro confín de la Península, ahogando toda actividad saludable, patrocinando todas las idolatrías, y sosteniendo el viejo edificio feudal con sus influencias, que se extendían desde el alto magnate hasta el oscuro mendigo, cayó, para no volverse a levantar, bajo la audaz piqueta revolucionaria.»

«A intervalos también hemos visto, durante este siglo maravilloso de pruebas y de luchas, brillar sobre nuestro horizonte y oscurecerse, para volver de nuevo a iluminarnos, el sol hermoso de la libertad; a su lado ha aparecido, como mensajera de mejores días, la libertad religiosa, devolviendo su violado fuero a la conciencia, y quebrantando esa fatal intolerancia, que nos aisló del mundo civilizado...»

En verdad, Millares Torres, a través de su bien documentado y argumentado trabajo histórico, nos trasmite sus

pensamientos y juicios personales, sus concepciones y conclusiones sobre tantos y tan interesantes problemas. Problemas de analogías desconcertantes, si no fueran los vigentes, en realidad, secuela de los no resueltos durante tantos y tantos años.

Así pues, estudiar y leer a Millares Torres es reafirmarnos en la grandeza de sus enfoques y de los nobles y bien orientados pensamientos del historiador. Él creía en el hombre por su inteligencia, por su razón y conciencia. Por otra parte, Millares Torres adelantándose a su época, ya militaba en una clase superior de humanismo, al liberarlo del estrecho marco clasista.

Esclavos, siervos y asalariados, tanto en la antigüedad como en el feudalismo y en la sociedad burguesa, a su turno, habían quedado siempre excluidos del pensamiento humanista por los antagonismos de clase. Millares Torres no olvida ni se avergüenza de su humilde origen; y siente orgullo por sus antepasados pintores, músicos, cantores y escribientes. Y llega a una conclusión sumamente elevada y correcta, partiendo del pueblo y de su vanguardia; «Clase intermedia e ilustrada» la llama él, y así nos dice:

«...y el pueblo, lanzándose por esa ancha senda que se presentaba a su actividad, principió con su constancia y trabajo a reconstruir esa clase intermedia e ilustrada, abierta siempre a la laboriosidad e inteligencia, y que, al prolongarse con el tiempo *hasta las últimas capas sociales*, llevará a todas el bienestar, la ciencia y la luz.»

Como se ve, con lógica y meridiana claridad rompe la esfera clasista en que, hasta entonces, sólo se podía o estaba admitido que se desarrollase la cultura. Y así la herencia de los pensamientos más elevados y generosos emitidos por el hombre en seis mil años de historia, pasan a ser, en la mente de Millares Torres y a mitad del siglo pasado, patrimonio de todos, y no exclusividad de la casta ilustrada y elevada económicamente. Y como conclusión ve, por este camino, la solución de los problemas económicos y espirituales de la sociedad; poniendo en pri-

mer lugar, y por lo tanto como premisa, el *bienestar*. Naturalmente que se refiere al bienestar material, o sea el cambio benéfico del medio en que vive y se desarrolla el hombre.

La idea de una clase gobernante «culta y paternalmente protectora» de la chusma y del populacho, siempre indignó a Millares Torres. Él nunca vio al pueblo como una masa innoble, incapaz de aprender y superarse. Como si el pueblo estuviera privado, por naturaleza, de sentimientos elevados y de disposiciones.

Ello no podía ser, no sólo por proceder Millares Torres de esa masa, sino por las convicciones que se habían arraigado en él a través del estudio de los motivos económicos que regían el desenvolvimiento de la sociedad, e indudablemente reflejados en la sociedad canaria. Efectivamente, primero: «La raza indígena diezmada por el hierro, envilecida por la esclavitud o alejada por la deportación», después el pueblo siervo de los señoríos, y por último campesinos, pescadores, marinos y artesanos asalariados.

El régimen que Millares Torres analiza en su Introducción a *Biografías de Canarios Célebres*, engendraba, por necesidad, el egoísmo, la pereza, la corrupción y la crueldad; es decir, engendraba, por arriba, vicios, explotación y monstruosidades, solapadas bajo una careta de «amor al prójimo» y de «defensa de la moral y del dogma». Lo cual dicho de otra forma no es más que cuidar una situación económica privilegiada utilizando las armas del terror físico y moral, en defensa a ultranza de los principios «únicos», «inamovibles» y «salvadores» de sus propios intereses de clase.

Para Millares Torres, en su extensa obra, sus héroes son: La noble y digna raza indígena; después, el pueblo canario, y, por último, los prohombres y grandes figuras que, procediendo directamente del pueblo, son sus máximos exponentes.

En la biblioteca del historiador, que aún muchos recordamos, enriquecida constantemente por su afán de conocer, de ilustrarse a fondo y de llenar el mundo espiritual de los suyos, se podían encontrar obras de Diderot, Condorcet, Voltaire, Rabelais, Descartes, Fourier, Goethe, Schiller, Hegel, Carnot, Darwin y de tantos y tantos ge-

nios de la humanidad. ¿Millares Torres romántico? Sí, naturalmente. Pero ¿qué revolucionario de las ideas y pensamientos, incluso, qué revolucionario de acción no ha sido, en la época que sea, un romántico? Soñador; iluso, no. Eso nunca. Serio y apasionado de sus tesis; eso, toda su vida.

Siempre las castas directoras del desarrollo de una nación han llamado y considerado razonable a lo que está de acuerdo y conforme con sus intereses de clase. Durante el siglo XIX, o sea la época en que Millares Torres vivió, combatió y creó, ni estuvo de acuerdo con lo que sucedía, ni consideró razonable los motivos que se esgrimían, ni se conformó con el desarrollo de los acontecimientos.

Las ideas de progreso, la fe y admiración por las ciencias y los nuevos horizontes que éstas abrían, lo llenaron de optimismo, sintiéndose más y más confiado en la razón humana. Sin embargo, la segunda mitad de su vida se caracteriza, aparte de su inalterable fidelidad para con sus convicciones, por cierto desencanto al ver como persistía y retornaba, después de los cortos períodos liberales, el encadenamiento de la conciencia pública, la decadencia del pensamiento y las normas oscurantistas que él había creído, en su entusiasmo y bondad, ya superadas.

Coincidiendo con su vejez, una tendencia generalizada en los medios intelectuales conservadores de Europa y España, intenta presentar a las nuevas generaciones el cuadro de que el mundo era absurdo por naturaleza, al no ser producto de la razón. Y esta interesada tergiversación de la verdad, esta reiteración del «urquinaonismo» amargó en cierta forma a Millares Torres.

Pero él, por su avanzada edad, y por sus actividades físicas cada día más restringidas, ya se había refugiado en su tranquilo y ejemplar hogar; sintiendo lástima, y aún perdonando, a los que tanto lo agraviaron y tantos acíbarres le hicieron probar.

Queda para el recuerdo de todos nosotros la imagen de su figura en las noches, después de la cena, paseándose lentamente entre la puerta de la sala y la del comedor; pasando por el pasillo de encristaladas ventanas que daban para el patio de adelante, con sus manos cruzadas

a la espalda. Su miopía la suplía la seguridad de sus lentos pero firmes pasos. Talla mediana, más bien ligeramente baja; su amplia frente rematando la faz bondadosa. Siempre con su chaqueta oscura y su fina corbata de lazo.

Sereno, noble en su porte anciano; viril en el timbre abaritonado de su voz, ensimismado en sus recuerdos, reflexiones y pensamientos.

Ya nuestro querido bisabuelo estaba muy por encima de todo y de todos. Sus hijos e hijas, y sus nietos, tomaban de él y de Mamación (1), ejemplos y principios; y Papatín (2), orgulloso de los suyos y casi ciego en sus últimos instantes, vio que, entre la multitud borrosa de sus descendientes, no faltarían mujeres y hombres que, con honradez, dignidad y valor, proseguirían, sin desmayos ni claudicaciones, su noble y tesonera lucha en favor de los que nunca nada han tenido, y, a la par, en pro del bondadoso y sufrido pueblo canario.

BERNARDO DE LA TORRE CHAMPSAUR.

(1) Nombre que familiarmente se da a Encarnación Cubas Báez, esposa de Agustín Millares Torres.

(2) Agustín Millares Torres.